

PIEDRAS

El Castillo de Atarés

Por Gerardo del Valle

ONCE años atrás La Habana se conmovía aterrorizada y expectante y en dirección al mismo sitio se precipitaban las multitudes, pues allí se estaba desarrollando un sangriento drama. De las azoteas, llenas de gente y desde las pequeñas alturas circundantes de la ciudad se proyectaban binoculos... De pronto, el estampido horri-sono al que siguieron otros y otros; el tableteo siniestro e intermitente de ensordecedoras explosiones... De las cer- canías se ahuyentaban los ciudadanos y otros, pugnaban por buscar sitios de visión testifical. Sucedia al sur de La Habana, en una sobria prominencia ver- deante, coronada de piedra: el Casti- llo de Atarés, escenario de una conti- enda civil entre grupos favorables y adversos al entonces gobierno domi- nante. Habian escogido estos últimos la vieja fortaleza como lugar estraté- gico y famoso, porque ese monumen- to de piedra jamás se había rendi- do en el transcurso de su historia... Pero los tiempos eran distintos. Las fuerzas del Gobierno, a poco de adop- tar una táctica, emplazó cañones, mor- teros y ametralladoras y desalojó, va- ciando toneladas de plomo sobre los rebeldes hasta desalojarles...

Hasta pocos días antes el Castillo de Atarés era mirado con el terror que producía uno de esos edificios de leyendas tétricas en los cuales impe- ra la muerte, la tortura, la crueldad más refinada. Atarés servía de prisión política. En sus sótanos inmensos y laberínticos se perdían los prisioneros. Se decía que complicados aparatos es- taban destinados a medievales casti- gos... Dentro de muy en breve, aque- lla meseta y las piedras que se halla- ban incrustadas dentro de su manto de tierra y barro, constituirá un lu- gar paradisiaco: ochocientos mil me- tros, comprendiendo la loma y sus ter- renos aledaños, harán el Parque Na- cional, punto de partida de una ave- nida turística maravillosa... Pero dí- gamos algo de la historia del viejo Cas- tillo de Atarés...

Cuando en 1762, Sir Keppel, gober- nador militar de la plaza de La Haba- na, después de haber sido conquistada por los ingleses, tornó a manos de los españoles merced a un trueque de otras tierras, posesiones de Inglaterra, el gobierno colonial advirtió que la par- te sur de la ciudad se hallaba com- pletamente indefensa y buscó y estudió una forma de afianzar la seguridad por ese lado. Existía una loma, una pe- queña meseta que dominaba todo el radio de la urbe: la llamada loma de Soto, apócope de Sotolongo (don Agus- tín), propietario de los terrenos don- de se asentaba. Vecino destacado y fiel al Gobierno, cedió la loma y gran ex- tensión de terrenos aledaños. Improvi- saron los ingenieros militares un mí- nuscuro fortín, con veinte piezas, en la cumbre de la meseta y se entregó el mando a un capitán de navío: don Antonio de la Colina. Pequeñas irrup- ciones de piratas desde esa altura fue- ron rechazadas y ello demostró el va- lor estratégico de la nueva defensa que sugirió el proyecto de emplazar una verdadera fortaleza. Y, desde en- tonces quedó erigido el Castillo de Atarés.

El brigadier de ingenieros, don Sil- vestre Abarca y el coronel don Agus- tín Grane fueron los comisionados pa- ra plantear un exágono irregular, con foso; se trazó un camino cubierto, sin flancos ni exteriores; se calculó un enorme cuartel abovedado, una cis- terna y almacén de provisiones y mu- niciones.

Agustín Grane, nacido en Alemania, fué traído expresamente por el Conde de Ricla, quien tuvo la misión de re- cibir la plaza habanera de manos de Sir Keppel, gobernador militar inglés. Era Grane experto en fortalezas. El Castillo estaba situado a kilómetro y medio del perímetro de la ciudad. Vein- tiseis piezas de artillería integró su armamento, con cien hombres para todas las futuras contingencias.

En los archivos de la Sociedad Eco- nómica de Amigos del País se cons- tata que la fortaleza fué comenzada el dos de octubre de 1764 y terminada el 13 de junio de 1867, gobernando a Cu- ba, Antonio de Bucarely y Ursua. El Conde de Ricla le bautizó con el nom- bre de "Atarés" en recuerdo de su her- mano que ostentaba ese título de no- bleza...



2)

Quien primeramente atacó el castillo fué la naturaleza: un ciclón, en 1786, deteriorándole. Hecho para la guerra, desde la fecha de su terminación hasta 1851, la vida del Castillo de Atarés se deslizó tan tranquila que los haba-
neros sólo recordaban su existencia por la bandera flotante en su empina-
da asta... 65 años paradisiacos; sus moradores engordaban y hacían vida social entre ellos, jugando a las cartas y practicando tiro y esgrima.

El 16 de agosto de 1851 fueron fusilados de rodillas, por la espalda, el jefe expedicionario, compañero de Narciso López, Coronel de artillería, William Grittenden y 49 de sus soldados, norteamericanos, venezolanos, portorriqueños, que intentaron heroica y desinteresadamente nuestra independencia.

El gobierno interventor americano dedicó el Castillo a reclusorio correccional. Durante ese tiempo fué jefe de la penitenciaría el teniente del cuerpo de la policía, Alberto Díaz Villalón. Se practicaba un régimen duro. Los presos construían carreteras, en jornadas de 18 horas y no se les permitía manifestación de cansancio, so pena de ser internados en un foso, a cien metros bajo tierra, de tres varas de superficie y en dieta de pan y agua...

Después fué cuartel de caballería del Ejército. En 1914 y a iniciativas del comandante Perdomo se construyó un monumento para honrar la memoria de los héroes que allí fueron inmolados por la libertad de Cuba...

Durante el régimen del general Gerardo Machado y Morales, el Castillo de Atarés, fué teatro de horrores y extralimitaciones: murieron en sus fosos más de cien hombres, de todas las edades, que habían sido contrarios al régimen. Entre ellos, torturados, se destaca Ernesto Alpizar... Al frente de la prisión política se hallaba el capitán Crespo, quien a la caída del general huyó para la república dominicana donde ocupa, desde entonces un cargo análogo al que desempeñara en su patria, a la que no ha podido regresar por temor a la venganza de parientes y amigos de las víctimas inmoladas.

M, nov 17/45



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA